

LIBROS

La vocación de Carlos Alvarez

Yo creo que ha habido pocos casos de mayor tenacidad poética en la historia literaria española que la de Carlos Alvarez. Verdadero "poeta maldito" —no de los metafísicos, de los "celestiales", sino de la censura franquista—, su obra ha tardado años y años en llegar al público al que iba destinada. Carlos Alvarez ha sido huésped frecuente de las cárceles fascistas. Ha sido —y sigue siendo— un intelectual que no le ha hurtado el cuerpo a la práctica política. Luchó denodadamente contra el aparato de represión franquista en todas sus formas: desde la directamente policíaca hasta el silencio cómplice de quienes creían posible separar tajantemente cultura e historia.

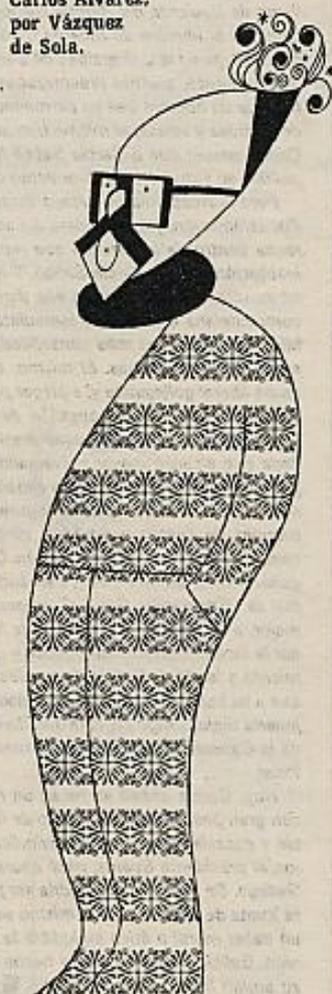
Sin embargo, en los últimos años, ya antes de la muerte del dictador, la poesía de Carlos Alvarez empezó a circular por los reducidos pero obstinados círculos de los aficionados a la poesía. Y curiosamente, fueron los libros más maduros de Carlos Alvarez los que antes llegaron a los lectores españoles. Pienso, por ejemplo, en "Aullido de licántropo", que marca una inflexión clarísima en la obra de un poeta que hasta entonces había tenido una inspiración casi monocordemente política y social. Hubo algún crítico incluso que se sorprendió. ¿No era Carlos Alvarez un poeta panfletario, un poeta para el cual el compromiso político predominaba sobre cualquier otra motivación? Se buscaba a un poeta más o menos épico y se encontró a un poeta lírico, de un lirismo hondo, desgarrador, henchido de una extraña pasión. Para los dogmáticos del otro lado, para los acostumbrados a ponerlo todo bajo etiquetas, el encuentro con un Carlos Alvarez angustiado, existencial, constituía una revelación de la cual se están recuperando aún algunos. De ahí esos elogios reticentes que se leen aquí y allá. Los "sí, pero..." de quienes les cuesta reconocer que habían despachado con demasiada facilidad a un poeta interesante.

Porque Carlos Alvarez lo es. Dotado de un oído extraordinario —que se refleja también en su casi mágica memoria para la música—, Carlos Alvarez es-

cribe una poesía donde nunca está ausente un impecable sentido del ritmo. Se puede objetar que su inspiración, en más de una ocasión, ha seguido caminos demasiado trillados, que sus imágenes rondan en ocasiones lo vulgar. Es cierto, pero también lo es que la poesía de Carlos Alvarez tiene un vigor, una fuerza que terminan ganándose al lector. A Carlos Alvarez no le ha molestado nunca la facilidad, pero sí ha obstaculizado la realización de algunos de sus poemas, sobre todo de su primera época. Por eso, repito, ha estado bien que se le haya conocido entre nosotros por sus libros últimos. En ellos hay un poeta maduro y dueño de unos recursos expresivos más complejos. Una evolución que, por otra parte, se puede seguir en un reciente libro, "Los poemas del Bardo" (Editorial Lumen, Barcelona, 1977), que reúne las obras aparecidas en la colección de poesía de ese nombre. Van desde "Estos que ahora son poemas..." hasta "Eclipse de mar".

Para mí, donde Carlos Alvarez es un poeta más auténtico, más real, es precisamente en su

Carlos Alvarez, por Vázquez de Sola.



última sección de "Los poemas del Bardo", en "Eclipse de mar". Sin perder la virtud de una expresividad directa, Carlos Alvarez, en ese conjunto de poemas, se nos aparece como un poeta problemático, atravesado por sus contradicciones, que reflexiona de una nueva forma sobre el amor, la muerte, el destino y, claro está, la revolución. Ha dejado atrás la facilidad, a veces tan tramposa, de "Poemas de la tierra prohibida". No ha perdido la "fe", entendámonos. Sólo que ha tomado conciencia que la realidad está más surcada de conflictos no reducibles a un esquema político y social de lo que antes pensaba.

Así, pues, Carlos Alvarez ha entrado con paso firme a ocupar el lugar que se le debía en nuestra poesía actual. Su viaje ha sido un viaje largo y a menudo lleno de quebrantos. No ha sido un viaje fácil. Más que cualquier otro poeta de su generación, Carlos Alvarez ha querido testimoniar de la pesadilla de estos años feroces. En la estela de la poesía revolucionaria y realista de los últimos cuarenta años, su obra tiene una pulsación altamente personal. Para él ética, política y poesía han formado un conjunto imposible de separar en sus partes. De ahí la servidumbre quizá de un fragmento de su obra. Pero de ahí también la vigencia de otro. A Carlos Alvarez, poeta español, ha empezado a ser difícil despacharle con un juicio apresurado. ■ JAVIER ALFAYA.

El hombre es un animal capaz de mentir

Desde Peirce se ha explicado el signo como algo físicamente presente y observable, que está en lugar de otra cosa, en virtud de una determinada convención. La cosa sustituida puede estar simplemente ausente, pero puede también no existir en eso que llamamos "realidad". De ahí que, basándose en esta última posible circunstancia, Umberto Eco proponga en su "Tratado de semiótica general" (1) una nueva y sugerente definición: "Signo es cualquier cosa que sirve para mentir".

Supongamos que alguien dice, por ejemplo: "Al salir de casa, me he cruzado con un unicornio, que me ha sonreído". Cualquiera adulto se dará cuenta inmediatamente de que el autor de esa frase está mintiendo. Y lo sabrá porque entiende per-

fectamente lo que esa persona ha querido significar cuando ha dicho "unicornio". Animal que todos sabemos que no existe en la realidad, pero que no nos cuesta imaginarnos y que incluso podemos representar gráficamente. Siempre que hay significación puede haber, pues, mentira, y siempre que hay mentira existe significación.

Lo que ocurre, sin embargo, es que Eco aborda el problema de la significación como únicamente puede abordarlo un semiólogo, si quiere ser riguroso: es decir, renunciando a la que él mismo llama "falacia referencial" o "extensional". El problema de las condiciones de verdad tal y como lo entiende, por ejemplo, la filosofía, con referencia a un mundo exterior, susceptible de verificación empírica, no le incumbe a él como estudioso del funcionamiento de los signos. Así, cuando habla de mentiras —o condiciones de la mentira, por oposición a las condiciones de verdad— se refiere a mentiras relevantes semióticamente, es decir, a aquellas proposiciones que comportan una contradicción interna del dódigo cultural de los sujetos hablantes.

Estamos, pues, en el terreno de la "semántica intensional", aquella cuyos referentes no son cosas, estados o eventos de la realidad, sino "unidades culturales", cuya totalidad organizada constituye un sistema semántico —variable de cultura a cultura— y que refleja la visión del mundo de una determinada comunidad.

El semiólogo no se preocupará de contrastar empíricamente cada una de esas unidades culturales con sus referentes externos, sino que se limitará a explicarlas descomponiéndolas en sus "marcas semánticas", cada una de las cuales constituye a su vez una nueva "unidad cultural", que podrá analizarse a través de otros signos, y así sucesivamente. Se trata de un proceso circular, autoexplicativo, que Eco calificó ya de "semiosis ilimitada" en un libro anterior —"La estructura ausente"—, que constituye por muchos conceptos el germen de este último "Tratado de semiótica general".

Mucho más importante, sin embargo, que la reelaboración de la teoría de los códigos que lleva a cabo Eco en la primera parte de su trabajo, resulta —por la novedad del enfoque y las perspectivas que abre— su propuesta de sustitución de la tradicional tipología de los signos por otra basada en la producción signica.

Eco propone reemplazar la noción de "signo", que califica de "ficción del lenguaje cotidiano", por la mucho menos simplificada y más científica de

(1) Traducción de Carlos Manzano. Editorial Lumen, Barcelona, 1977.